

tierras que se extienden a sus pies sobre la histórica llanura, y que les han sido cedidas, se ven incultas y pardas haciendo contraste con las que han conservado los árabes. Los judíos se instalan a la orilla de la gran ruta central, arman su trampolín y caen sobre el pasajero, hablando y gesticulando, mientras sumergen su mano en la barba desgreñada, como buscando al mismo tiempo que un piojo, una idea. Y mientras tanto, la tierra espera.

Yo he visto estas cosas volando sobre un Studebaker a través de todo rincón palestino. Pero este lado oscuro y sombrío no me ha borrado el encanto de esos naranjales y limoneros interminables que embalsaman el aire en los alrededores de Tel - Aviv y de tantas otras pequeñas ciudades judías en donde el esfuerzo urbano es verdaderamente prodigioso. Bancos, museos, calles anchas y lustrosas en donde juega con loca alegría ese niño de las llanuras húngaras o de la estepa rusa, de grandes y fatigados ojos azules que uno acaricia con unción, mientras sus padres se ocupan en avaluar los vestidos que llevamos puestos.

Yo he visto este sueño judío hecho realidad desde la borda del barco anclado en la ancha rada de Jaffa. Enormes barcazas transportan miles y miles de pequeñas cajas que contienen naranjas, limones, tomates, granadas, etc., etc. Con la fiebre de un hormiguero se agitan alrededor de nuestro barco y de tres o cuatro más que allí se encuentran. Todo el colorido de Oriente, desde el cielo y el mar, hasta la mugre y el grito, tiene un no sé qué de canto de esperanza. Tel - Aviv, la bella ciudad judía, nacida ayer, se empina sobre sus frescos muros de cemento y como alentando el embarque de estas frutas cuyo zumo, pasado ya por el filtro de la Tierra Santa, parece ser la transfiguración maravillosa de la hiel y el vinagre y el pan ácimo que alimentó al pueblo maldito en sus veinte siglos de persecución y de miseria.

JORGE RICARDO VEJARANO

EL HEROE DE LA FE

Por EDUARDO CARRANZA

I

Existen, a más de los héroes históricos que tuvieron existencia real y por un momento movieron el timón del mundo, otros héroes de la fantasía, criaturas del ingenio humano que, saliendo de los libros, surgiendo en la floresta de los versos, alzándose de las prosas maestras, ejercieron sobre los hombres una singular fascinación: Hamlet, Fausto, Segismundo, Celestina, Don Juan, Don Quijote.

Y estos héroes a pesar de estar contruídos de substancia poética, apenas con el humo de los sueños y el vaho de las palabras, llegaron a adquirir una formidable consistencia, una especie de evidente moverse y existir, casi independiente de los libros que los narran y de los genios que los inventaron. Así, nos parece, que Don Juan, por ejemplo, sobre los hombros flotante la capa escarlata, la pluma temblándole sobre el birrete, los ojos en llama y la boca sedienta, posee más fuerza de realidad humana, de veraz existencia que, por ejemplo, Alejandro Magno, o el galo Vercingetórix.

En especial, los héroes de la fantasía española son dueños de una profunda densidad humana. El Cid cabalgando sobre la pista anónima de los romances; Don Melón de la Huerta, Doña Endrina y la Trotaconventos en el habla substancial del Arcipreste; la Celestina en el denso y poético lenguaje de Fernando de Rojas; Don Quijote y Sancho entre la maravilla de la prosa cervantina; Don Pedro Crespo, el nebuloso príncipe Segismundo, toda la muchedumbre que habita en los escenarios del glorioso teatro nacional de España; todos aunque a veces les circunde un gentil aire de fábula, o una dorada atmósfera de gracia y poesía, todos son "hombres de carne y hueso", hombres que sufren, aman, esperan, sueñan como los hombres. Este carácter realista, no reñido sin embargo, con la poesía de las letras españolas, ha sido abundantemente observado y comentado. Y constituye una línea singular y peculiar en la fisonomía del genio español.

Hamlet, Don Quijote, Don Juan. El insigne y penetrante asturiano Ramón Pérez de Ayala ha escrito que estos tres nombres podrían constituir un triángulo ideal dentro del cual se inscribiera, en toda su riqueza, contradicción y complejidad, la varia condición de lo humano. Según la tesis de Ayala, Don Juan significa la sensualidad, la gloria, y avidez de los sentidos, la ambición de la fama turbia y equívoca; es un jocundo centauro pasional, es el hombre que quiere romper los límites; es el borbolar elemental de la sangre; por eso es un plebeyo. Don Quijote significa el corazón y las virtudes que él implica: la generosidad, la bondad, la pasión por la justicia y la poesía, la ambición de inmortalidad, el platónico, desasido amor de la mujer, el deseo de la fama pulcra y honesta; por eso es un hijodalgo. Hamlet se pasea, príncipe de la duda y de la melancolía, por el castillo de Elsinor, esparciendo en torno suyo la muerte y muriendo él mismo finalmente porque no puede creer. Hamlet o la inteligencia. Por eso Hamlet es un príncipe.

Pero Don Quijote es sobre todas las cosas la fe. La fe en Dios, en la mujer, en los hombres, en el mundo. La fe en verdades, bellezas, bondades y virtudes. La fe triunfante a pesar de todo. La fe que se defiende a brazo partido así la cerquen la fealdad y la injusticia, la traición, la deslealtad y la perfidia. La fe que se sobrepone, incluso a la irrefutable realidad circundante, al burdo y descaecido acontecer, y crea como emanación de lo real, una mágica sobrerrealidad que pueda darle sentido y hermosura a la existencia. Don Quijote es la fe que transporta las montañas, que vuelve a crear el mundo, que convierte los molinos en gigantes, que hace de las dueñas y las zafias campesinas, estilizadas princesas y damas de alcurnia, la que ve en la bacía del barbero, yelmo de Mambrino y mira en la desapacible venta caminera, castillo señorial y torreado. Don Quijote es, pues, el héroe de la fe. Y el libro de Cervantes, una epopeya de la fe.

III

Valbuena Prat hace girar su penetrante teoría en torno al Quijote en lo que llama, la dualidad Gigantes Molinos. He aquí su textual exposición: "El ambiente; la Mancha, su soledad, su pobreza, la estepa inmensa, a la luz de la mañana. Unos cuantos molinos de viento, y la mirada de los dos personajes del libro. La dualidad gigantes-molinos definirá para siempre el carácter de las dos figuras. Sancho, su sentido de las cosas, de la apariencia fácil de las cosas, será la voz de la realidad —llámémosla así— "Mire vuestra merced que aquellos que allí se parecen, no son gigantes sino molinos de viento y lo que en ellos parecen brazos son las aspas que volteadas al viento hacen andar la piedra del molino." Aquellos que allí se parecen, esto es la apariencia, la impresión, que captará Sancho ahora y siempre. Don Quijote dirá profundamente, diferenciando su mundo de acción del pasivo contemplativo, que su época sustituía a los tiempos heroicos del emperador: "Ellos son gigantes, y si tienes miedo quítate y ponte en oración." Después la acometida, el fracaso; la palabra de cari-

ñosa reconvención del escudero. Pero el mundo quijotesco queda incólume. 'Calla, amigo Sancho... que las cosas de la guerra más que otras están sujetas a continua mudanza; cuanto más que yo pienso y es así verdad que aquel sabio Frestón, que me robó el aposento y los libros ha vuelto estos gigantes en molinos de viento por quitarme la gloria de su vencimiento'. Quedan definidos los dos mundos, los dos planos —ideal—real— que seguirán llenando el libro de densos y complejos problemas del pensamiento de su época."

Cervantes ha planteado, ya desde su siglo, uno de los problemas más apasionantes de la filosofía contemporánea. Y ha enunciado, tácitamente, además, una cuestión estética de vastísima trascendencia; detrás de las apariencias, de la vana epidermis cotidiana del mundo, existe algo más verdadero y consolador. Sobre esta intuición se funda en gran parte, el arte moderno. El dramatismo del Quijote reside, precisamente, en esa oposición entre lo vivido y lo soñado, entre las realidades y los deseos. Y cuando lloremos por Don Quijote y sus desventuras, lloremos también por ese mundo del alma, más hermoso y más puro, que casi siempre se nos va de entre las manos.

IV

La España del siglo XVI puede dividirse en dos grandes segmentos históricos. El primero está habitado por la gloria y aventura del Emperador Carlos V; el segundo por la taciturna y lúcida política del prudente rey Don Felipe. El tiempo del Emperador es un tiempo cosmopolita y renacentista. España abre sus ventanas sobre Europa. Viene de Italia un viento sensual y jovial que apresura los pulsos y se pone a acantar en los corazones que la ambición y el idealismo espolean. España se desborda y se vierte sobre Europa y sobre el nuevo mundo fragante que amanecía tras la ignota línea del océano. España se convierte en caballero andante de la cristiandad, en brazo diestro de la fe romana. Los viejos burgos alemanes, las claras villas francesas, las historiadas ciudades de Flandes, las rutilantes ciudades italianas vieron cruzar el vivo friso de los jinetes españoles entre un espejeo de corazas y un rafagueo de banderas. Cervantes es un caballero del emperador. Un soldado de España con todas las implicaciones de esta expresión en el siglo XVI. Combatió en Lepanto recibiendo una herida en la siniestra mano para gloria de la diestra. Anduvo en su tercio por Italia. Vió muchas veces hundirse la medialuna en las olas mediterráneas. Fue un heroico cautivo en Argel. Su biografía se halla tan colmada de fantásticas peripecias como una novela de caballería. Y su mentalidad es la de un soldado de la época imperial. Cuando regresa a España, el rey Felipe había cerrado las ventanas sobre Europa. Encuentra entonces un pueblo enclaustrado, meditativo, vuelto hacia Dios. Los caballeros han sido reemplazados por los burócratas. Los capitanes por los sombríos intrigantes. El soldado de Lepanto se halla fuera de lugar. Había terminado la gran aventura caballeresca. El caballero andante regresaba derrotado a su casa. El olor de la fábula se había evaporado. Cervantes tres veces fracasado, como héroe militar, como galán, y como poeta se encierra en su nostalgia y crea un héroe a quien cargarle a un mismo tiempo sus sueños de gloria y sus descalabros. Todo esto lo



ha visto Ramiro de Maetzu en el más agudo ensayo que hayamos leído sobre el Quijote. El Quijote es la estilización de la patética vida de Cervantes y expresa en un plano ideal la situación espiritual del pueblo español en 1600 ya de regreso de muchas fantasías y caballerías. El humorismo del Quijote, su carácter de caricatura trascendental, opina Maetzu, se debe a que Cervantes injerta en el corazón de un viejo juveniles sueños de amor, lo que convierte a Don Quijote en una especie de Romeo cincuentón; y al hecho tragi-cómico de que un viejo débil y alucinado pretenda hablar y actuar como un hombre en la plenitud de sus arrestos juveniles.

V

Es un pueblo de Castilla como cualquiera de los que ha dibujado el maestro Azorín con su ocre pincel. En la sala del mesón un hombre medita con la cabeza entre las manos. Tiene el cabello gris y el rostro melancólico. Este hombre mira a los niños que juegan en torno a la vieja fuente de piedra y a los solemnes hidalgos que se pasean bajo los soportales. Este hombre es un escritor casi desconocido de sus contemporáneos. "De rostro aguileño... las barbas de plata que no ha veinte años que fueron de oro; los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes ni menudos ni crecidos, porque no tiene sino seis y esos mal acondicionados y peor puestos, porque no tienen correspondencia los unos con los otros; el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño; la color viva, antes blanca que morena; algo cargado de espaldas y no muy ligero de pies, perdió la mano izquierda para más gloria de la diestra en la más alta ocasión que vieron los siglos pasados ni esperan ver los venideros combatiendo debajo de las victoriosas banderas del hijo del rayo de la guerra Carlos V de felice memoria..." Este hombre ejerce el oficio antipático, a veces inhumano, de recaudador de impuestos. Este hombre evoca los días gloriosos en que la mañana se alzaba sobre los clarines y banderas de Carlos V; evoca sus juveniles sueños de poesía, de amor, de fama, de dinero. Ahora está solo, pobre, triste, viejo y cansado. Toma la pluma y continúa escribiendo las descomunales hazañas del Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha. A lo lejos cantan los niños y la tarde cae de las campanas.

"Parda y desabrida
la Mancha se hunde
en la noche fría..."

EDUARDO CARRANZA

JOSE EUSEBIO CARO:

UN CLASICO DEL SIGLO XIX

Por ALBERTO GOENAGA, Jr.

Quién mejor pudo de este ínclito varón hablar si no su hijo ilustrísimo, su mejor obra, según el propio decir del más grande y famoso crítico hispano y hasta universal, don Marcelino Menéndez y Pelayo...

Mas no por esto se agotó todo el caudal literario para decir de un hombre, ni por ello la fecundidad de los entendimientos de hoy dejará de nombrarlo, no; por el contrario, hoy más que nunca, y por hallarnos envueltos en un vórtice espectacular de innovaciones, de modernismo, debemos, y con donaire, conducir nuestros sentimientos y pareceres con los de su ingente obra.

Muchos escritores del siglo XX han tratado sobre Caro en forma sapientísima, justa y didáctica, y, sin embargo, no sabemos por qué motivo de extraña procedencia, han dejado escapar asunto tan poderoso, estudio de tan grande importancia como el de su situación literaria; o tal vez, y concédanoslo el Helicón, que se abstuvieron de extraer del tintero toda su enjundia y conocimiento que para con este poeta se debe. Y es esto al observar de cómo muchos lo tildan de pseudo-clasicista, de innovador romántico en Colombia, cuando de lo que tiene es, solamente, de innovador de sus propias ideas.

El pseudo-clasicismo es un clasicismo débil, deforme y desafortunado, que en todo se aparta de la verdad absoluta del arte, pues se atempera a las tendencias que hacia aquella corren. Y es que el espíritu clásico ha asimilado toda la realidad del pensamiento universal y aquel que ha llegado a la verdad por ser su depositario. Todas las demás tendencias, en el orden de la perfección, no son otras más que una quimérica añoranza de la realidad intelectual. Aún nuestras naciones americanas en alma, no logran apreciar del todo ciertos rasgos espirituales, determinadas etapas de la cultura, y por ello sea que se procede con tal dominio sobre pequeñeces y concepciones efímeras y sin tendencia parcial ninguna, lo cual es algo así como huir de la cultura para orientarse hacia la civilización escueta, sin vida ni alma.

